



DIFERENCIA(S)

revista de teoría social contemporánea

LUCÍA CAVALLERO

MARÍA SOLEDAD SÁNCHEZ

”NO EXISTE UNA POSIBLE AUTONOMÍA DEL ESTADO EN EL NEOLIBERALISMO”

**TRADUCCIÓN ANA BELÉN BLANCO Y MARÍA SOLEDAD
SÁNCHEZ**

EN REVISTA DIFERENCIA(S)

DINERO - N°5 - AÑO 4 - NOVIEMBRE 2017. ARGENTINA.

ISSN 2469-1100

PP. N° 140-148



“NO EXISTE UNA POSIBLE AUTONOMÍA DEL ESTADO EN EL NEOLIBERALISMO”

ENTREVISTA A MAURIZIO LAZZARATO

LUCÍA CAVALLERO

MARÍA SOLEDAD SÁNCHEZ

TRADUCCIÓN ANA BELÉN BLANCO Y MARÍA SOLEDAD SÁNCHEZ

1. En su último libro junto a Éric Alliez, *Guerres et Capital*, sostiene que la moneda, así como la guerra y el Estado, son las fuerzas constituyentes (ontológicas) del capitalismo. ¿Cuál sería la especificidad del rol de la moneda en el capitalismo contemporáneo? ¿De qué modo se vincula con la configuración, también específica, que la relación de deuda adquirió en nuestras sociedades?

Acabo de regresar de Brasil, donde descubrí, gracias a una economista que aprecia mi trabajo sobre la deuda, Lena Lavinás¹, que ha sido el gobierno de Lula el que más amplificó e implantó de modo definitivo la financiarización en la economía y en la vida de millones de trabajadores y personas pobres en Brasil. Una de las claves del “desarrollo social” del PT ha sido la explosión del crédito al consumo (si los salarios se duplicaron, el crédito al consumo se cuadruplicó. Al final de sus dos mandatos, en 2014, el 28,8% de los ingresos familiares se utilizaron para reembolsar al sector financiero las deudas de consumo), junto con la transferencia de ingresos por parte del Estado. Estas transferencias de ingresos, que tenían como objetivo reducir la pobreza, también funcionaban como el “caballo de Troya” por el cual la financiarización se introdujo en la vida cotidiana de millones de brasileños, ya que fueron las que crearon las posibilidades del acceso a préstamos para el consumo, préstamos para comprar seguros privados (salud, educación, jubilación), para poseer tarjetas de crédito, etc. La “demanda efectiva” keynesiana, que compensa la diferencia entre la demanda de bienes y servicios y la oferta del mercado, es entonces asegurada por el crédito y, por lo tanto, por una creación monetaria que pasa por la banca privada y los productos financieros, también en manos de instituciones privadas. La privatización de la que derivan todas las demás es la de la creación de moneda.

La captura de nuevos grupos sociales (pobres y trabajadores) en el ciclo de la deuda se ha visto facilitada por la introducción de “préstamos consignados” por parte del gobierno del PT. Los bancos retienen directamente de los salarios y las transferencias de ingresos los intereses de la deuda, asegurando de este modo a las finanzas contra los “riesgos”. La disminución de los costos para los bancos permitió también bajar los precios de los préstamos y ampliar el circuito de la financiarización. Este supuesto círculo virtuoso, que distribuye dinero a los pobres mientras enriquece a los acreedores, se ha roto desde dentro, y debido a la crisis financiera del año 2008.

El reemplazo de la “demanda efectiva” keynesiana por productos financieros, verdadero corazón estratégico de las políticas liberales, podía comenzar así su inexorable trabajo de privatización de los servicios y de las políticas sociales. Las finanzas han tomado aquí, como en otras partes, el control de la “reproducción” (ni el movimiento obrero ni el movimiento feminista han sido capaces de oponer alternativas reales a esta apropiación / privatización de la “reproducción”).

1 Para un análisis más profundo del estudio de la financiarización de las políticas sociales en Brasil del cual aquí sólo hice mención a una pequeña parte, ver: Lavinás, L. (2017). How Social Developmentalism Reframed Social Policy in Brésil. *New Political Economy*. V.22 N°6, 628-644.

El neoliberalismo no llegó al final de los mandatos de Lula, sino que fue cultivado, favorecido y estimulado por, ironía del destino, el Partido de los Trabajadores. El capital mantiene una muy buena relación con las instituciones del movimiento obrero, dado que la financiarización habría sido inconcebible sin la existencia de los “fondos de pensiones” de los asalariados estadounidenses (maestros, funcionarios, trabajadores, etc.), grandes inversores institucionales en el mercado bursátil.

Hay un gran malentendido acerca del “reformismo”. El “reformismo” no es una alternativa a la revolución ya que depende de su posibilidad o realidad. Sin poner en peligro real al capitalismo, no hay “reformismo”. Los movimientos políticos del siglo XIX, socialistas, anarquistas, comunistas, persiguieron la destrucción del capitalismo. A pesar de las sangrientas derrotas “políticas” sufridas a lo largo del siglo, las conquistas sociales progresaban. La Revolución Rusa completa este ciclo de lucha y, a pesar de su derrota política, obra para la conquista de nuevos derechos no sólo en la URSS. El historiador inglés Eric Hobsbawn ha señalado que el Welfare de la posguerra es uno de los resultados de la revolución bolchevique.

Los movimientos políticos contemporáneos están muy lejos de amenazar la existencia del capital, por lo que, durante los últimos 40 años, las derrotas económicas y sociales están ligadas a derrotas políticas. No hemos podido reinventar el concepto y la práctica de la revolución. El “reformismo” es imposible en el marco de tales relaciones de poder.

América Latina está despertando de un sueño: poder practicar el reformismo sin la posibilidad de la revolución, sin representar una amenaza para la supervivencia del capitalismo, sería sólo un potencial.

Pensar en reducir la pobreza y mejorar la situación de los trabajadores y proletarios a través de los mecanismos de las “finanzas” es más una perversión que una ingenuidad. Puesto que supone reducir el “crédito” a un simple instrumento, plegable a todos los proyectos políticos, mientras que es el arma más abstracta y formidable del capitalismo. En países como Brasil ha funcionado como una palanca poderosa para incluir a los pobres y las familias obreras de bajos ingresos en el mercado del consumo masivo a través de la deuda.

Como siempre, la financiarización, que es la introducción de lo “ilimitado” (del infinito) en la producción, sólo puede conducir a una crisis al mismo tiempo económica y política. Y, como siempre, las crisis financieras abren paso a una fase política marcada por la lógica de la guerra o, más precisamente, por el surgimiento de guerras de clase, raza y sexo que son, desde sus inicios, la base del capitalismo.

2. Una de sus críticas al paradigma del capitalismo cognitivo se vincula a la reducción que se opera en torno a la cuestión del conocimiento, marginando el lugar que la producción deseante tiene para la comprensión de la vida económica y también subjetiva. Centrándonos en su concepción sobre el deseo y el afecto, ¿en qué puntos considera que su análisis del capitalismo contemporáneo se diferencia de

aquellas perspectivas, herederas o cercanas al tratamiento de Jacques Lacan sobre el “Discurso capitalista”, que buscan definirlo centralmente como una “economía de goce”?

Honestamente, prefiero a Foucault que al “Discurso del capitalista” de Lacan, que es muy escueto. Foucault afirma de manera más convincente que el poder no es principalmente represión, prohibición, ley, castración (lo que debería, entre otras cosas, empujar a Lacan y a los psicoanalistas a revisar su trabajo), sino que es productor de efectos subjetivos, dirige, “conduce la conducta” de los gobernados solicitando, incitando, “creando”, produciendo incluso, al “sujeto” individual y “libre” (sujeción). El gobierno crea “libertades”. Si el individuo quiere ser “libre”, sólo tiene que convertirse en empresario de sí, consumidor, ciudadano que vota, se comunica, se expresa. Foucault avanza muy lejos en este campo al afirmar que el liberalismo de finales del siglo XX ya no produce una sociedad disciplinaria y de normalización, sino una sociedad en la que “existirá una optimización de los sistemas de diferencias, en la que habrá tolerancia a los individuos y prácticas minoritarias”, en la que la sujeción ya no supondrá la interiorización de las normas.

Se avanza muy lejos puesto que es preciso tener presente lo que él mismo enseñó: las técnicas de gobierno no son un sustituto de las técnicas soberanas (que deciden sobre la vida y la muerte) ni de las técnicas disciplinarias, sino que se añaden a ellas, funcionan en conjunto. Esto resulta muy útil para comprender lo que ha ocurrido desde el 2008, es decir, para entender el cambio radical del “discurso capitalista” y de la producción de subjetividad que lo acompaña.

Primero, la crisis financiera ha creado una nueva figura subjetiva: el hombre endeudado. El crédito y el goce que promete se convierten en deuda y “culpabilidad”. El mandato de pagar (“austeridad”) y ya no de “disfrutar” introduce el miedo, la angustia por un futuro que ha sido robado por las finanzas. Pero las transformaciones subjetivas no se detienen en el hombre endeudado, puesto que el miedo y la ansiedad favorecen la conversión neo-fascista, neo-nacionalista y neo-sexista de la subjetividad.

Estamos muy, muy lejos del “discurso del capitalista” lacaniano. El goce es ahora aquello que Trump les procura a los blancos cuando defiende su “raza” contra las “razas” (negras, hispanas, árabes) que la amenazan; o el goce de los hombres cuando los movimientos neo-conservadores prometen restaurar el poder que han perdido sobre las mujeres al imponer el orden de la familia y la heterosexualidad. En Europa es el Islam el objeto de todas las inversiones paranoicas y todos los resentimientos que el liberalismo ha producido durante 40 años.

Guerra, racismo y sexismo parecen caracterizar la época y el discurso del capitalista contemporáneo. La intensidad de la guerra, del racismo, de la movilización neo-fascista y del sexismo depende de la fuerza o la debilidad de los movimientos “revolucionarios”. La soldadura entre capital y fuerza reaccionaria tuvo lugar porque los movimientos de protesta al capitalismo son muy débiles, no amenazan en modo alguno su existencia.

Por el momento no existe la necesidad de neo-fascistas y bien podría destituirse a Trump si éste manifestase opciones demasiado contrarias a sus intereses.

El discurso del capitalista se transforma en un discurso bélico que ni Foucault ni Lacan conciben, ya que sus análisis del capitalismo son demasiado aproximativos, no implican la posibilidad de confrontaciones estratégicas (las “guerras”).

Mis problemas con el “capitalismo cognitivo” son numerosos. Tengo la impresión de que mis camaradas se confunden de época. Continúan creyendo que son los trabajadores (cognitivos) los que tienen la iniciativa cuando, durante 40 años, ha estado en manos del Capital. Todavía conservan el lema del *operaismo* de los años 60, “primero la clase, después el capital”, mientras que hoy el lema ha cambiado radicalmente: “primero los acreedores y después todo el resto”. Uno sólo se defiende, retrocediendo y retrocediendo incesantemente.

La teoría del capitalismo cognitivo es un intento de prolongar el análisis marxista, designando a un “grupo social”, los trabajadores cognitivos, como hegemónicos sobre otros. Creo que esta hegemonía es imposible porque ha sido destruida de una vez y para siempre en 1968, cuando los movimientos de mujeres y colonizados plantearon problemas que el marxismo no pudo comprender. Las mujeres y los colonizados han dejado muy en claro que el trabajo, la producción, la explotación no cubren todo el conjunto de técnicas de poder y dominación del capitalismo. Las mujeres trabajan, aseguran la reproducción de la mercancía más importante (Marx dixit), la fuerza de trabajo, pero la dominación “patriarcal” que sufren no se reduce al trabajo. Lo mismo para el racismo. Si la segunda generación de inmigrantes en Europa y los inmigrantes recién llegados son los trabajadores más explotados, su dominación resulta irreductible al “trabajo”, dado que el racismo es una relación de poder que tiene especificidad, que no se reduce a la explotación. En otras palabras, explotación y dominación no coinciden. El “trabajo”, incluso si es cognitivo, inmaterial, ya no puede ser la clave “hegemónica” de la constitución del “sujeto” revolucionario. El número de asalariados en el mundo es más alto que en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, pero están perdiendo la hegemonía política sobre los otros componentes del proletariado.

3. Teniendo en cuenta la imposibilidad de definir al capitalismo contemporáneo únicamente por la relación capital-trabajo, atendiendo a la centralidad de las divisiones sexuales y raciales (y sus modos particulares de subjetivación): ¿Cómo podemos pensar en la configuración de un sujeto colectivo productor de “otros mundos posibles”? ¿Considera que la problemática de la deuda puede articular movimientos y sujetos sociales diversos en términos identitarios e incluso geográficos?

No creo que la cuestión de la deuda, la cuestión “económica”, pueda ser el fundamento exclusivo para la constitución de un “sujeto” político. Si el colapso de la gubernamentalidad tanto económica (austeridad) como política (disolución del sistema de partidos que condujo al establecimiento del neoliberalismo) determina una intensifica-

ción de los conflictos, la subjetivación vinculada a estos últimos no se logra mediante la “lucha de clases”, sino por la lucha de las razas y la lucha contra las mujeres.

Este es un fenómeno que ya conocimos después de la Primera Guerra Mundial. Las guerras civiles encendidas por el Capital contra el peligro bolchevique conducidas por el fascismo y el nazismo se hicieron en nombre de la raza. Sin embargo, el racismo (un racismo que ya no es biológico, sino “cultural”, un racismo que ya no es conquistador como el de la colonización, sino defensivo, alimentado por el miedo al inmigrante, al refugiado, al extranjero, tan peligroso como el primero) y la guerra contra las mujeres (el horrible espectáculo de los diputados brasileños, todos hombres y blancos, que aplaudieron violentamente el voto de una ley que prohíbe el aborto en caso de violación, mientras que en Brasil hay un hecho de violencia sexual contra las mujeres cada 11 minutos, es un signo de estos tiempos), por lo que el racismo y el sexismo no son señuelos para cubrir la “verdadera” realidad de la lucha de clases. La guerra de razas y la guerra de sexos no son sólo constitutivas del capitalismo como la lucha de clases, son también los espacios para las rupturas revolucionarias, ya que éstos no se derivan del lugar que los dominados ocupan en el proceso de valorización capitalista.

El límite del marxismo (y los marxistas cognitivos no son una excepción) es no haber problematizado lo suficiente aquello que sucedió durante la primera mitad del siglo XX: las dos guerras mundiales, el nazismo y el fascismo. Foucault nos explica que lo que lo obligó a plantearse la cuestión del “poder” (“distinta”, en principio, de la producción) fueron los fascismos, el nazismo y el estalinismo, que son “virtualidades intrínsecas del capitalismo y que, a la menor oportunidad, pueden reproducir grandes excrescencias de poder”. Excrescencias del poder que están en proceso de producirse ahora.

Para poder pensar y construir un proceso de subjetivación, debe comenzarse por la integración de estas relaciones de poder que van más allá del “trabajo”. Y que van, incluso, más allá de lo señalado por Foucault, reconociendo, por ejemplo, que en la historia de Occidente la matriz privilegiada de las técnicas de dominación es doble: la raza y el sexo.

Entonces, la cuestión del sujeto colectivo (que requeriría de un largo desarrollo, imposible aquí) debe plantearse a partir de las novedades introducidas por los movimientos feministas y la descolonización. La principal ruptura con el marxismo concierne al “proceso” de constitución del sujeto revolucionario. Para el movimiento obrero, el sujeto ya está dado. Se llama clase trabajadora y solo necesita, de acuerdo con las leyes de la dialéctica hegeliana, pasar del “en sí” al “para sí”, a través de la operación de toma de conciencia. El capitalismo cognitivo no abandona este marco, ya que el sujeto se conoce de antemano (tiene incluso una potencia ontológica). Son los trabajadores cognitivos quienes producen una cooperación social –lo común– y la cuestión es solamente liberar del poder “parasitario” del Capital.

El capitalismo cognitivo supone que la autonomía y la independencia son ya propiedades del trabajo cognitivo por su capacidad de producir en forma cooperativa y cog-

nitiva. Por el contrario, creo que la autonomía y la independencia deben afirmarse políticamente, mediante una ruptura subjetiva y no se refieren sólo a los “trabajadores”.

En 1970, Carla Lonzi, expresando un punto de vista ampliamente compartido en el pensamiento filosófico y político de la época, afirma que el sujeto no está dado, sino que es algo “imprevisto”, por lo tanto, a producir. Su construcción no se realiza más que a partir de un “proyecto” por venir. El sujeto es una promesa realizada por una revolución futura, pero que tiene lugar “aquí y ahora”. El tiempo del movimiento feminista ya no es el futuro sino el “presente”. El sujeto no es un requisito previo para la acción, sino un resultado.

Marx piensa que el comunismo es “la producción del hombre por el hombre” (lema retomado por el post-operacionismo); Foucault, por su parte, objeta: “tenemos que producir algo que todavía no existe y que no sabemos lo que será”.

El proceso de constitución del “sujeto” es radicalmente heterogéneo al destino revolucionario de la clase trabajadora y, desafortunadamente, no fue llevado hasta el final, dado que no alcanzamos a inventar una “máquina de guerra” adecuada para esta innovación.

Entre el marxismo y los movimientos del '68, tuvieron lugar dos guerras mundiales que demostraron que el trabajo, la técnica y la ciencia no son necesariamente los instrumentos de la liberación de la humanidad, sino que pueden ser también los medios de su posible desaparición. El proceso revolucionario no es sólo una cuestión de producción, sino también de destrucción (des-subjetivación), “destrucción de aquello que somos”, como individuos sujetos a una identidad, a un sexo, a una nacionalidad, a una función, a un trabajo, a ciertas técnicas. Y esta destrucción del sometimiento requiere una reconversión que debe hacerse en el “presente”.

El sujeto “deriva”, resulta, de relaciones de poder y de relaciones de saber, pero no “depende de” ellas. En el proceso de ruptura subjetiva se produce un desvío que permite la emergencia de algo nuevo que concierne primero a la subjetividad. Pero la inesperada conversión subjetiva que ocurre en la ruptura, a su vez, debe reconfigurar las relaciones de poder y de saber de las cuales deriva. Y esta reconfiguración no es solo una “relación con uno mismo”, sino también una lucha o, más precisamente, una “guerra” –contra la guerra de clase, de raza y de sexo– revolucionaria. La subjetivación acontece en las relaciones de poder capitalistas y, actualmente, en un contexto de formidable intensificación del conflicto.

La destrucción es también la destrucción de las instituciones capitalistas, la destrucción de las guerras que conduce cada vez más abiertamente.

4. Retomando nuevamente los desarrollos de su último libro en torno al Estado, y pensando en algunos de los procesos socio-políticos que han tenido lugar en las últimas dos décadas en América Latina: ¿Considera que podrían pensarse ciertos niveles de autonomía relativa en esa relación que describe como constitutiva al tiempo que estratégica entre el Estado y el Capital?

El capitalismo sin Estado es simplemente imposible, dijo Braudel. El desarrollo del Estado y del Capital ha sido, durante mucho tiempo, un desarrollo paralelo, que podría implicar un cierto grado de autonomía. Pero, desde la Primera Guerra Mundial, comenzó un proceso de inclusión del Estado en la Máquina de Guerra del Capital, que llegó a su conclusión con el neoliberalismo. Ahora podemos decir que el Estado es un engranaje, un elemento, un dispositivo de la Máquina de Guerra del Capital. El Estado Nación jugó un papel fundamental en la configuración del neoliberalismo. La liberalización del capital, de las políticas fiscales, del welfare, del mercado de trabajo fueron lideradas por el Estado para establecer el poder de la financiarización. Pero, la financiarización no debe considerarse como constituida únicamente por el mercado de valores, los inversores financieros, etc. De esta máquina de guerra también forman parte las instituciones del Estado, las élites empresariales, los partidos políticos, los altos funcionarios del gobierno, etc. Ella se constituye transversalmente a los diversos poderes (económico, político, judicial, disciplinario, gubernamental, etc.).

El Capital es un proceso de desterritorialización, pero que debe territorializarse cada vez y esta función está garantizada por el Estado Nación, como siempre. El Estado Nación todavía asume esta función, pero en un contexto global profundamente modificado. Desde la década de 1970, el Estado ha transferido la soberanía monetaria a la Máquina del Capital (privatización de la creación monetaria), de la que constituye una pieza fundamental (bajo el gobierno de Lula, el Banco Central fue ocupado por neoliberales); pero conserva la soberanía sobre “su” población para aplicar políticas neoliberales (precarización, recorte de políticas sociales, privatizaciones, etc.).

Entonces, no existe una posible autonomía del Estado en el neoliberalismo.

La teoría política propuesta por Laclau y Mouffe (la sustitución de la democracia por el capitalismo como campo de confrontación política; la sustitución del sujeto no jurídico que Marx había introducido, la clase trabajadora, por el “pueblo” que, desde Hobbes, es el instrumento de legitimación y constitución del gran Leviatán), nos hace creer que el Estado todavía puede ser autónomo de la Máquina del Capital, que el sujeto político se construye a través de la democracia “representativa”. La miseria política contemporánea de la “izquierda” está contenida en este concepto reaccionario de “populismo de izquierda”.

SOBRE EL ENTREVISTADO

Maurizio Lazzarato

Es sociólogo y filósofo de origen italiano radicado en Francia.

Intervino en los debates contemporáneos sobre posfordismo y trabajo inmaterial en la Revista Futur, además de en numerosas publicaciones. En el libro Políticas del acontecimiento (2006) reflexiona sobre las formas contemporáneas de resistencia.

Durante los últimos años, sus obras se han enfocado en el análisis crítico del capitalismo financiero y las formas de subjetividad que conlleva. La fábrica del hombre endeudado (2013) y Gobernar a través de la deuda (2015) son obras de referencia para abordar el endeudamiento como dispositivo económico-político.